INTRODUCCION

Á LAS

MEMORIAS MILITARES

Y

FOJA DE SERVICIOS

DE

Domingo F. Sarmiento

JENERAL DE DIVISION. (R. A.)

BUENOS AIRES

IMPRENTA «EUROPEA», DEFENSA ESQUINA Á MORENO

1884

Nota a esta Edición

El libro que reproducimos compuesto con diversos escritos pertenecientes a distintas épocas, fue publicado por Sarmiento en 1884. No ha formado parte de la edición Nacional de sus obras.

Introducción

a las

Memorias Militares y Foja de Servicios

de

Domingo Faustino Sarmiento

General de División (R. A.)

A man in the military profesión,
is worthy in proportion as he is
sensible, cultivated, industrios
and moral. To be brave is essential,
but not sufficient to make an officer.

Gen. Hazen. U. S. A.

(The School and the army in Germany and France.)

Buenos Aires

Imprenta “Europea”, Defensa Esquina Á Moreno

1884

LA GUERRA CONSTITUYENTE DE TREINTA AÑOS

1829

Para traer a la memoria, en los últimos años de la vida de un actor en aquella grande epopeya de la historia argentina, la parte que a él le cupo desempeñar en tan largo y complicado drama, conviene tener presente que diez años después de caído el telón, el teatro mismo de los hechos se ha modificado, no quedando de los sucesos historia ordenada, ni de los hombres que figuraron en primera y segunda línea sino rarísimos testigos y actores.

Quedan es verdad, sin alterarse, a un extremo de la dilatada llanura, los imperturbables Andes, al otro los grandes Ríos que arrastran sus aguas tranquilas hacia el estuario del Río de la Plata. Una que otra extensión de territorio conservará siempre la fisonomía solemne y triste del Desierto, rebelde a recibir la acción de la cultura; pero las locomotoras avanzan ya en todas direcciones, dándose silbos de inteligencia al suprimir distancias y asimilar jurisdicciones.

¿Dónde queda hoy la Guardia de la Esquina, extremo entonces y centro ahora de la civilización de Santa Fe? ¿Qué haría hoy Quiroga con sus bandas de descamisados, aunque pudiera lanzar otra vez el grito de religión o muerte?

Sería, empero, historia digna de un Gibbon, por el contraste de los futuros tiempos, cuando nada quede de lo pasado, sustituido el caballo por la locomotora, el chasque por el telégrafo, el ganado silvestre por la cultura del suelo, y aún las razas humanas por la recolonización de tan vasto país.

¿Qué figuras de titanes suministrarían en aquella lucha de descomposición los nombres de Aldao, el fraile guerrero; de Facundo Quiroga, llamado el tigre de los Llanos; de Rosas, el astuto lobo, que no pertenecen a las categorías ordinarias de la sociedad moderna? ¿Cómo explicar la impotencia de espadas como las de Lavalle, Acha, Paz, Lamadrid y tantos héroes que la América acataba y vinieron a oscurecerse entre las nubes de polvo que levantaban los jinetes de la Pampa? Sucedía que a los guerreros se tornasen en escritores, cambiando la espada en punzante buril y dejando a veces páginas que valían batallas, como si sembraran ideas regeneradoras, donde sólo se veían ruinas u osamentas. Este es el carácter distintivo de aquellas guerras civiles que principiaron por matanzas, y acabaron por razonamientos, y cuya grande batalla en la morada del tirano en quien se resumen todas las resistencias coloniales, o las creadas por los desperdicios de la guerra de emancipación, proclama la unidad de país tan subdividido, y una Constitución nacional bajo las principios y condiciones que reconocen los pueblos modernos para organizar gobiernos regulares.

Mientras que aquella historia universal de la gran guerra civil, que principia con la abdicación de Rivadavia, no se escriba, la opinión de cada época no verá de tan vasto cuadro sino lo que tiene más cerca. Los graneles centros de población son los focos activos de la opinión pública dominante; y es singular

como los hombres y los sucesos figuran en este escalafón de grados que la opinión contemporánea acuerda. Sin ir más lejos, caído Rosas, sus sucesores son el objeto de la pública execración; pero separado Buenos Aires de la masa general de los pueblos, la ambición y la necesidad de la propia defensa requieren un ejército, y fuerza es revivir los grados dados por Rosas como base, añadiéndoles los jefes y oficiales orientales, venidos con el Ejército Grande y algunos jefes de la Independencia. Los que militaron con Lavalle son admitidos con restricciones, y más tarde los del general Paz que hicieron la guerra del Brasil apenas eran nombrados por cuanto quedaron en la Confederación. Al fin, y cuando con la reintegración y constitución de la República, todos estos diversos ejércitos se funden en uno, los guerreros de la Independencia, mediante un sobresueldo, recuperan su puesto de honor en la lista militar.

Esto no quita que para la opinión local no haya glorias que alcancen a las de la defensa de Buenos Aires en que todos han tenido parte, Cepeda y Pavón tan poco gloriosos, y la larga campaña del Paraguay a que concurrió la más brillante juventud. Para los que no se hallaron en sus numerosos y poco decisivos combates no había salvación, y como la opinión la forman los jóvenes que escriben en la prensa, si alguno dejó de mostrarse con hábito militar desde 1858 por ejemplo, como la opinión es joven, acaso de menos de veinte años, es de temer que en su horizonte no entren los sucesos ni los hombres de más de treinta. Los de setenta pertenecerían a la historia antigua. Si deseáramos protestar contra estas exclusiones, iríamos a buscarla elocuente en la democrática Atenas, en aquello a que ha dado forma imperecedera Aristófanes con la misma mano que desgarraba a Sócrates y le preparaba con sus sarcasmos la copa de cicuta.

Nosotros los viejos, hace decir a los restos de Salamina, acusamos a esta ciudad. Tantos combates nos darían derecho a ser alimentados por ella, al fin de nuestra vida. Lejos de eso, somos[1] maltratados, implicados en procesos, abandonados a las burlas de los jóvenes oradores, aunque seamos sordos y demasiado débiles ya para llenar una flauta con nuestro soplo debilitado por la edad. Poseidón debía protegernos, pues no nos queda más apoyo que un bastón. Balbuceando con voz senil delante de la piedra del Tribunal, no vemos sino la sombra de la justicia, mientras que el acusador que quiere conciliarse a los jóvenes, nos abruma con su dialéctica, y arrastrándonos ante los jueces nos confunde a cuestiones, tendiéndonos celadas de palabras. Su agresión turba, anonada y despedaza al pobre Fithon, el cual inhabilitado por la edad, enmudece, y es condenado a pagar la multa, lo que le hace decir a sus amigos, con las lágrimas en los ojos : "¡Me quitan lo que tenía para pagar mi sepultura!" Decid si no es infamia esto. ¡Pues qué!, el clepsidro mata al anciano blanco de canas que en la ardiente refriega tantas veces se cubrió de glorioso sudor, y cuyo coraje salvó la patria en Maratón!(1)

[1] Traducido por Paul de Saint Victor y citado en *Les Deux Masques,* Tom. II, pág. 273

Pueden ser significativas las semblanzas de situación, y no deja de serlo seguramente el hecho denunciado por Aristófanes, de que es la juventud ateniense la que así insulta las canas de Salamina y Maratón, justificando hoy como entonces el pedido de los ancianos, de que “en adelante no pudiesen los viejos ser acusados sino por los viejos, y los jóvenes por los jóvenes.”

No se ceba por cierto nuestra democracia en disputar el pan a los que les han creado la situación próspera de que abusa, puesto que aseguran con pensiones una vida soportable. Es a la fama que se dirigen sus tiros, y tan frecuentes y repetidos son, que al cabo desaparecen de la vista los títulos y de la memoria la tradición; preguntándose en seguida, o insinuándolo, que si no es el favor de ayer lo que nos improvisó de favoritos en generales de la República. “Nos abruman con cuestiones, y nos tienden celadas de palabras.” ”Mostrad vuestra foja de servicios", nos dicen, ante cuyo argumento enmudecemos, a causa de que en el caos de diez guerras civiles que se cruzaban entre sí, disuelta la Nación en 1826, entrechocándose sus fragmentos, uno suprimiera lo que el otro había creado, por ser su propia acusación. Felices algunos, si a más del hecho de encontrarse por sucesión de servicios coroneles o generales vivos pueden apoyarse en algún testimonio escrito, escapado de la conflagración, como aquellas hojas sueltas que cubren el suelo después de una tormenta. Cáenos a la mano, por accidente, uno de esos testimonios cuya autenticidad proviene de que son fugaces, como suele por ornato de la narración, decirse que la luna brillaba en todo su esplendor en la época del suceso narrado, y el abogado que acusa a un reo de homicidio le prueba con este incidente, de una narrativa extraña al crimen, que no era en la oscuridad de la noche que acometió a su víctima, como lo pretendía.

El biógrafo del General Don Nicolás Vega, narrando sus campañas, para justificar sus títulos, dice:

“Dos días después fue atacada la fuerza del General Vega por una división mendocina destacada desde la ciudad de San Juan, al mando del Comandante D. Casimiro Recuero (antes de Granaderos a Caballo). El General Vega principió sus operaciones marchando con su división hacia las alturas de Niquivil, punto ventajoso en que se había acampado el enemigo a una legua de Jachal para encontrarlo y batirlo, lo que efectuó tomando la ofensiva y cargando al enemigo hasta derrotarlo completamente, persiguiéndolo más de cuatro leguas.

En esta brillante jornada se distinguieron entre otros jefes, el coronel D. Domingo Reaño (antes del Once de los Andes) y D. Domingo Sarmiento que era uno de los ayudantes de Campo del General Vega, el cual atravesó los fuegos del enemigo para llevar la orden del General al Comandante de Escuadrón D. Julián Castro de que flanqueara al enemigo por su derecha, cuyo movimiento, efectuado con precisión, ocasionó su completa derrota.” [2]

---

[2] Biografía del señor General D. Nicolás Vega, General de los Ejércitos Nacionales, escrita en 1864, con presencia de sus Memorias, pág 14, tercera edición, Buenos Aires, imprenta de “La Unión Argentina”.

Si alguna duda dejara esta primera anotación histórica para reconstruir una foja de servicios, confirmaría su autenticidad un documento público que en su época adquirió grande notoriedad, por cuanto sirvió de base a reclamaciones diplomáticas entre el Gobierno de Rosas y el de Chile en 1849. El reclamo procedía de suponerse probada la violación de las leyes de la neutralidad, con los propósitos que revelaba el General Ramírez en la siguiente carta:

" Exmo. Señor D. Juan Manuel de Rosas:

Me honro de elevar a V. E. la adjunta carta del *loco, fanático, unitario* Domingo Sarmiento, sin duda con su malévola intención, y que creyéndome en desgracia, y que por ella fuese yo capaz de manchar mi foja de servicios siguiendo sus alucinados planes contra nuestra independencia y santa causa federal.

A este judío unitario en la revolución salvaje que estalló en Mendoza en el Pilar (1829) lo tomé prisionero, salvándole la vida a él y a otros sin conocerlos, y por un acto de generosidad lo conduje a mi casa, y le noticié de ello al General D. Benito Villafañe, quien lo hizo trasladar a la suya, diciendo que tenía encargo de su familia para protegerlo.—JOSÉ SANTOS RAMÍREZ, [3]

Decidme ahora, o joven Juez de viejas reputaciones, ¿habíais nacido siquiera en 1829? ¿Sabéis lo que fue la batalla del Pilar? Un reguero de sangre. ¿Conocíais el origen del apodo de loco, con que habéis escarnecido, martirizado a un hombre público, acaso dudando del acierto de sus observaciones hijas de grande estudio y experiencia, atribuyéndolas a un espíritu desordenado? ¡Érais el eco de un pobre diablo y de Rosas!

Pero estos dos testimonios traen ya indicios que habrán de servir más tarde para explicar ciertos hechos, o determinar el rumbo que ya trazan al protagonista. En 1829 cuenta apenas diez y ocho años, y basta mirar a cualquiera que hoy los tenga, para cerciorarse de que a esa edad, el joven Sarmiento es el edecán elegido por el General en Jefe D. Nicolás Vega al mando de las fuerzas de San Juan en Niquivil, para dar órdenes de combate, contra las fuerzas de los Aldao de Mendoza; y de que dos meses después, disipado aquel ejército, es tomado prisionero en la batalla del Pilar de Mendoza en que triunfan los Aldao definitivamente y en la que mueren sus compañeros sanjuaninos, nombrados como él *ad honorem* edecanes del General en Jefe D. Rudecindo Alvarado, y por accidente muere también el Presidente del Congreso que declaró la Independencia de las Provincias Unidas, mientras que el casi imberbe ayudante de tres generales, en dos campañas y provincias distintas, es el único en cuya vida se interesa el general enemigo, D. Benito Villafañe, que concurrió con fuerzas de Facundo Quiroga a la derrota que experimentaron en el Pilar, y por donde tuvo el adolescente oficial la satisfacción de combatir, aunque vencido, contra las bandas

[3] Tomada de los documentos presentados al Congreso por el Gobierno de Chile dando cuenta de la misión de D. Baldomero García, 1849.

de Facundo Quiroga, como sucumbió a la embriaguez del Fraile Aldao, dos circunstancias que le inspiraron sus mejores obras literarias.

Todo esto y más contienen los dos documentos citados. De la narración circunstanciada que a esta introducción sigue, resulta que el joven ayudante Sarmiento fue en Mendoza puesto con otras tres personas muy consideradas, al servicio inmediato del General D. Rudecindo Alvarado, Gobernador de Mendoza y General en Jefe del ejército sublevado contra los tres hermanos Aldao, que después de la derrota de la Tablada, experimentada en Córdoba por Juan Facundo Quiroga y el Fraile Aldao, quería estorbarles que volviesen a reorganizar fuerzas (como en efecto lo hicieron) para restablecer la situación perdida; ya que el partido liberal en Mendoza y San Juan, quería por el contrarío secundar las victorias alcanzadas por el ejército del General Paz en favor de la reconstrucción de la Nación.

Su situación al lado del General Alvarado, debida acaso al favor de la opinión que lo había elevado a ese puesto, le proporciona ventajas envidiables de educación militar. De las oficinas del Estado Mayor parten las órdenes que llevan los edecanes, recibiéndose allí los chasques de la campaña, los avisos de las fuerzas avanzadas sobre el múltiple enemigo, pues lo formaban el Fraile Aldao, formidable aún con sus veteranos de auxiliares salvados de la Tablada, D. José con cuatrocientos hombres, y al fin Villafañe con seiscientos venidos desde San Juan y la Rioja. Pero lo que más le interesa y apasiona es el eterno debate entre el comandante de las fuerzas sublevadas, General D. Agustín Moyano, a quien le va la vida en la demanda, con el Gobernador, militar de la Independencia, flemático e imperturbable en medio de los contrastes y desencantos que originan su política de contemporización, y lo que es peor de inacción ante jefes militares tan experimentados y unidos como los tres hermanos Aldao. Todos los días se renueva el mismo debate, trayendo Moyano nuevos hechos deplorables en apoyo de su empeño de obrar activamente, para oír nuevos argumentos del general veterano, acostumbrado a habérselas con enemigos más fuertes, para esperar el resultado de ciertas combinaciones.... Moyano murió fusilado, y Alvarado pudo escribir en Montevideo la *"Justificación de la conducta militar del General de la Republica Argentina D. Rudecindo Alvarado en el período de su mando en la Provincia de Mendoza. 1831.*

Cuando el autor de la biografía del Fraile Aldao describiendo los horrores de que escapó en el Pilar, llamó imbécil la política seguida, el General reclamó de esta dura calificación; pero se le contestó con D. Felix Frías, que ese señor Sarmiento de cuyo juicio apelaba en 1843,era el jovencito edecán que tenía a su lado en 1829, y por tanto testigo de los sucesos.

Hay ya en estos comienzos motivos de creer que si el imberbe oficial sigue la carrera de las armas, lo hará con ventaja en el Estado Mayor, posición en que se requieren muchas de las dotes de que ya da indicios; y en efecto habremos de encontrarlo mientras depende de otros jefes, oficial superior de Estado Mayor en el Ejército Grande, Jefe del Estado Mayor del Ejército de reserva en Buenos Aires, Auditor de Guerra en el Ejército expedicionario con el General Paunero, etc. etc.

Llámase entre nosotros Estado Mayor a la reunión de jefes y oficiales sin colocación que rodean al General y de ordinario sirven más para confundir el

servicio que para activarlo. El Estado Mayor de un ejército es, puede decirse, el alma de ese ejército o el corazón que renueva la sangre y la distribuye por todo el cuerpo. “El ejército prusiano”, dice el general norteamericano Hasen, “tiene otro importantísimo departamento, y es el Estado Mayor. A su cabeza está el General Moltke, y en torno suyo se reúne la inteligencia del ejército, que lo guía y vigila. Los oficiales de Estado Mayor son puramente militares. Reúnen datos militares, del interior y del exterior, levantan mapas militares, guardan los archivos, pasan a ser jefes de estado mayor de divisiones, cuerpos” y ejércitos, y están generalmente preparados para el mando en jefe.” [4]

Nuestros caudillos de jinetes tenían por Estado Mayor un cuerpo de baquianos que traían escrito en sus recuerdos cada accidente de las Pampas, el vado de los ríos y arroyos, el portezuelo o cuchilla de las montañas o los senderos que cruzan los bosques donde los hay. El Ejército Grande traía además en su Estado Mayor un Jefe que abría diariamente el único mapa de la parte del país que atravesaban al rumbo, y corregía no sin provecho a veces el itinerario indicado por el baquiano.

Hacíanse estados, tomábanse distancias, y de vez en cuando, de aquella tienda habitada por el único jefe que llevaba uniforme y montaba en silla, salía a excitar el entusiasmo del ejército en marcha, el boletín de las victorias alcanzadas. El último de todos fue el parte de la memorable y gigantesca batalla de Caseros, escrito por gala en el escritorio y con la pluma misma de Juan Manuel de Rosas.

Era el redactor de aquel documento histórico, decididamente un experimentado Jefe de Estado Mayor, que como lo observaba de los prusianos el General Hazen citado, venía preparado por sus estudios a pasar desde el Estado Mayor al mando de divisiones o del ejército mismo. Tan poco preparados vienen para estas funciones nuestros jefes y oficiales de aquella repartición, que al autor de los boletines del ejército, acabaron por llamarle el *boletinero,* único honor, salario y recompensa que obtuvieron muy buenos y leales servicios hechos con sus caballos y sus armas propias, como era de los hidalgos que poblaron y conquistaron la América.

Y para probar que tales documentos expresaban ciencia y conciencia del arte de la guerra, introduciremos aquí, el estudio político y militar que en 1841, había hecho de las grandes batallas de Chacabuco y de Maipú con las que se presentó, por todo bagaje, en el *escenario* de la América del Sur, ignorado de todos y de sí mismo el día anterior, aplaudido y estimado al día siguiente, improvisado literato, hombre de gobierno y *leader* a poco de la opinión pública, en el país que lo hospedaba, consejero del Gobierno y para los tiranos de su patria como si fuera el único escollo que no quitarían de su paso, por representar los grandes principios que no se extirpan, como *on ne tue point les idees.*

Pondremos primero ante el lector el escrito firmado por un *Teniente de artillería,* en el “Mercurio” de Valparaíso, en Chile, el 10 de Febrero de 1841, para que vea por su contexto, antiguas y duraderas huellas del Jefe de Estado Mayor, ya formado treinta años antes con toda la capacidad de juzgar, que supone la de dirigir, y quedará justificada la alta posición que ocupó desde entonces en los

[4] The school and the Army in Germany and France, pág. 181.

negocios argentinos, y la influencia que ha podido ejercer hasta los últimos años de su vida, sin interrupción por cuarenta años.

BATALLA DE CHACABUCO

DESCRIPTA POR UN TENIENTE DE ARTILLERÍA

Febrero11 de 1841

“MERCURIO” DE VALPARAÍSO, NUM. 3,650

"EL 12 DE FEBRERO DE 1817"

Un día pasa todos los años, precedido y seguido de otros días. Si en algo se distingue de los que le anteceden y suceden; si el habitante de Chile fija en él sus miradas, es solo por las frías fórmulas con que *se representa* el regocijo público, como las viejas religiones sustituyen la pompa de ceremonias emblemáticas a los grandes recuerdos que no mueven ya el corazón de los creyentes. Algunas salvas en las fortalezas, algunos pabellones flotando en lo alto de los edificios, he aquí todo lo que recuerda un día que debiera ser tan caro al corazón de todo chileno. La fría fisonomía de los ciudadanos corresponde también a la alegría *decretada,* como la de la virgen que un sórdido cálculo de familia une al esposo que su corazón no ha elegido, con los atavíos nupciales sobre el cuerpo y el disgusto reconcentrado en el pecho, coronada de guirnaldas la cabeza, y pintado el pesar en el semblante.

El extranjero que nos observa, nos creería más bien los hijos de los españoles vencidos en aquel gran día, fastidiados de ver repetirse un recuerdo humillante y odioso. Veinticuatro años han transcurrido apenas, desde que aquel memorable día alumbró en Chacabuco un combate de vida o muerte para la Independencia americana, y ya ni se mientan los nombres ilustres que lo inmortalizaron. ¡Ah! Los pedruscos que cubren aquel suelo sagrado, no han conservado las manchas de sangre patriota que los salpicó; y el cóndor de los Andes ha dejado de revolotear en torno de aquel vasto campo de carnicería en que el amo y el esclavo lucharon con furor . . . . . .

I

Centenares de patriotas chilenos huyendo de la esclavitud, habíamos en 1814 traspuesto los Andes, y conocido todas las penurias y todos los sinsabores que acompañan a una larga emigración. Un ejército al mando del General San Martín se aprestaba al fin a cruzar los Andes, y traer a nuestra desgraciada patria la libertad perdida. Nosotros volamos presurosos a engrosar las filas del Ejército

Libertador. ¡Ah! Entonces la República, la libertad y la patria se nos presentaban radiantes y puras, como son siempre las concepciones del espíritu, cuando la experiencia no ha venido aún a sustituirle sus tristes realidades, como el frío invierno que nos enseña el monótono y desapacible ramaje del árbol, cuyo lozano verdor nos había antes recreado.

Chilenos y argentinos dejamos la ciudad de Mendoza el 17 de Enero de 1817. Teníamos la Cordillera al frente, y detrás estaba Chile, la patria querida, nuestras familias y todas nuestras simpatías. En medio de nuestro entusiasmo y ardor los españoles se presentaban confusamente a la imaginación, como los puntos distantes de un paisaje que el pintor bosqueja. Pero bien pronto principiamos a escalar con trabajos y padecimientos inauditos, la gigantesca, solitaria e interminable Cordillera de los Andes. El hambre, el frío, el viento glacial que nos helaba la respiración, y la *puna* que agregaba su penosa angustia a tantos sufrimientos, formaban la primera página de la terrible campaña que abría el ejército. La victoria de Marengo que salvó a la Francia, tenía entre sus laureles el paso del San Bernardo. Mil historiadores han ponderado sus dificultades casi insuperables, y el gran Capitán lo ha clasificado como uno de los prodigios que había obrado el ardor francés. Y bien: el pasaje de la Cordillera por un ejército sin pertrechos, sin tiendas, sin capotes, yace oscuro y apenas una pluma le ha tributado su pasajero asombro. ¡El San Bernardo y los Andes! ¡Un solo día de trabajos en aquél, y en seguida la risueña Italia con sus alegres campiñas, sus ciudades y sus encantos! Un día de trabajos inauditos en ésta, en medio de sus erizadas crestas, ¿y luego? . . . la Cordillera siempre con su soledad espantosa, sus torrentes, sus abismos, sus laderas y sus precipicios; ¿y diez días después? ¡. . . la Cordillera siempre con sus nevados picos cerrando el paso, coronada de nubes blanquecinas, amenazando por momentos sepultar para siempre entre sus desnudos e inhospitalarios peñascos a los audaces patriotas que osaban escalarlos!

Nuestro ejército pobremente equipado, cansado de sufrimientos y extenuado de fatiga, descendió por fin en los días 7, 8 y 9 de febrero al hermoso Valle de Aconcagua y los encuentros del Mayor Martínez en la Guardia, y del Teniente Coronel Necochea en las Coimas, nos hicieron augurar un día de gloria para todo el ejército. El valle entero estaba en nuestro poder el diez, y el once avistamos a los españoles en la cuesta de Chabubuco, cuyas cumbres coronaban gruesos destacamentos de infantería. Fue preciso vivaquear en presencia de ellos. ¡Noche de alarma y de vigilia la del once! ¡La cuesta de Chacabuco se interponía, como una siniestra mampara que ocultaba a nuestros ojos la fuerza verdadera del enemigo, los destinos de la América y la suerte futura de Chile! Los Jefes argentinos y chilenos bajo un exterior severo e imponente, ocultaban todo el sobresalto que les inspiraba el desenlace de la batalla del día siguiente. Soldados inexpertos y bisoños iban a medir por la primera vez sus armas con aquellos viejos tercios españoles, que habían humillado en Europa las altivas águilas de la Guardia Imperial de Napoleón. Si un desastre era el triste resultado de tantos esfuerzos, los argentinos veían consolidarse a su lado la dominación española y expuestos los flancos de la nueva República, mientras que sus fuerzas contenían apenas los ataques de los realistas por el Alto Perú. Los chilenos del ejército, si salvaban de la refriega, tendrían que decir adiós para siempre a la patria que volvían a ver, y a sus sueños de libertad e independencia; y para unos y otros la

muerte gloriosa del campo de batalla era preferible a caer prisioneros y ser tratados como *insurgentes.*

Los gauchos que formaban el valiente Regimiento de Granaderos a Caballo, tendían con desasosiego sus miradas por este horizonte estrecho y limitado de todas partes por cerros, echando de menos aquellas inmensas llanuras *de su tierra,* donde el cielo está asido a la superficie, donde el sol sale y se pone entre los pastos y matorrales, y donde no hay obstáculo insuperable para el jinete que monta un buen caballo; pues que ya habían probado el filo de sus sables en las Coimas.

Pero los españoles eran *maturrangos,* y esta última consideración les hacia aguardar con indiferencia el próximo combate. Los negros del Siete y del Ocho volvían con horror sus inquietas miradas hacia las nevadas cúpulas de la Cordillera que tenían a sus espaldas, donde el frío había martirizado sus constituciones africanas, y donde el cabo de guardia había sorprendido al centinela de los puestos avanzados que no respondía al *¡alerta!* . . . . . ¡muerto en su puesto, parado con el fusil al brazo y endurecido por el hielo que le había penetrado las entrañas y suspendido el movimiento de la sangre! Mas sabían, porque así se lo habían repetido sus jefes, que todo negro que cayere prisionero en poder de los españoles, sería transportado a Lima y vendido para los ingenios de azúcar; y esta sola idea les volvía su feroz y brutal coraje. En cuanto a nosotros, oficiales subalternos, nos comunicábamos al oído algunos rumores alarmantes, que circulaban, y nos animábamos en voz alta con noticias favorables, deleitándonos con la esperanza de ver pronto a nuestras familias y entrar a este Santiago que la ausencia y los padecimientos habían hecho tan querido para nosotros.

II

La noche del once de febrero fue larga, como son largas siempre las noches que preceden a un día que ha de influir poderosamente en nuestra suerte futura. Las *diucas* del campo,[5] aquellas avecillas chilenas, cuyo canto matutino y vivificante no habíamos oído en nuestro largo destierro, nos anunciaron al fin la proximidad de la mañana del doce; y entre los preparativos del combate, vimos asomarse brillante por entre los picos nevados de los Andes, el sol que iba a ser testigo impasible de nuestra lucha. Los españoles que ocupaban la cumbre de la cuesta se replegaron al oír a nuestros tambores tocar la marcha. Trepábamos con entusiasmo, reprimiendo el cansancio que nos ocasionaba el ascenso, y alargando el cuello para ver desde su cumbre el valle de Chacabuco, la cuesta de Colina, e imaginarnos, ya que no podíamos verlo, aquel Santiago objeto de tantos recuerdos y de tantas esperanzas.

[5] Avecillas matinales que anuncian la venida del día antes del crepúsculo.

Pero, ¡ay! Dos filas negras de soldados españoles ligadas por un parque de artillería y erizadas de fusiles, en que reverberaban los rayos del sol, y a su izquierda una extensa línea de caballería, dejaron bien pronto como enclavadas nuestras miradas en el sitio que ocupaban.

Un momento después el General O'Higgins estaba en presencia del enemigo: los Granaderos a Caballo, mandados por el valiente Zapiola habían ido a arrostrar en vano la metralla del enemigo, no pudiendo salvar el barranco que hacía inaccesibles sus posiciones. Cramer que había volado con el Ocho a sostener la caballería, y Conde con el Siete, se hallaron muy luego comprometidos en la refriega. Un momento vaciló el Ocho. ¡Las balas enemigas lo diezmaban; y el General Soler y el bravo Las Heras, que debían flanquear las posiciones enemigas por un circuito ignorado del enemigo, no aparecían aún! ¡Momento de angustia y excitación para los que podíamos observar, en medio de los estampidos del cañón, el fuego graneado, las bocanadas de humo que se elevaban de todas partes; y los gritos de nuestros Jefes que mandaban las maniobras, restablecían el orden y nos animaban al combate! En fin, en medio de tanto estruendo vimos, cargar a los Granaderos a Caballo; nuestros Jefes gritaron: *¡De frente!* y mil voces confusas, ¡el General Soler! ¡Se mueven! . . . . ¡ Disparan! ¡Ah! ¡Qué momento! ¡Qué nueva vida! Los Granaderos lo arrollaron todo, y el camino de Santiago se presentaba libre, aunque sembrado de moribundos y de cadáveres. La defensa de las casas de Chacabuco, no sirvió sino para hacer más sangrienta una jornada sin eso demasiado gloriosa. ¡Efectivamente, ochocientos prisioneros, setecientos muertos, banderas españolas, bagajes, artillería y el Once pisando, en fin, el puente de Santiago en triunfo, cubiertos de sangre, polvo y andrajos!

III

¡Qué nos queda mientras tanto de tanta gloria!

Tendamos la vista sobre esta época presente, aquí y en los otros puntos de América. Escuchemos los juicios de esta generación ingrata que nos ha sucedido y extrañado como instrumentos gastados e inútiles.

¡Oídla en sus odios que no contiene ya el temor de los enemigos que nosotros destruimos para que ella holgase tranquila!

¡Oídla echarnos en cara nuestros desaciertos y los crímenes de algunos, como si hubiéramos debido ser en todo superiores a la época en que nos tocó figurar, o como si el régimen colonial en que fuimos criados, y la ignorancia y abyección de nuestros padres, solo virtudes nos hubiesen legado! ¡Cómo si hubiese sido posible desarraigar el respeto servil a nuestros tiranos sin violencia; como si las pasiones pudiesen siempre ser tenidas a raya; y como si las grandes revoluciones pudiesen completarse sin sangre, sin violencias, sin extorsiones, y aún sin crímenes!

¡Védla hacerse olvidadiza de nuestras largas fatigas, y de nuestros esfuerzos para hacerla independiente y poderosa! ¡Hombres sin patriotismo y sin indulgencia! Un día la historia recogerá con avidez los nombres de todos los que lidiamos juntos en Chacabuco, y en otros lugares tan gloriosos como éste; un día el extranjero, porque vosotros no sois capaces, vendrá a recoger los inmortales documentos de nuestras gloriosas hazañas, y desechará con desprecio vuestro abultado catálogo de recriminaciones, solo dignas de figurar en la historia, como un aviso de que eran *hombres* los que tales cosas y tan grandes hicieron: un día el viajero que pase la famosa cuesta, verá asociados en el mármol los nombres de O'Higgins y Prieto, Las Heras y Bulnes, Lavalle y San Martín, Necochea y Soler, y tantos otros patriotas ilustres, cuyos nombres os han de sobrevivir, mientras que vosotros pasaréis oscuros, sin que nada grande haga olvidar vuestras miserias de partido, vuestra ingratitud y vuestro egoísmo. Los peruanos recuerdan solo las extorsiones del Ejército Libertador, y ni las frías formas de la gratitud oficial afectan por nuestros pasados esfuerzos, mientras que nosotros, como si una nación generosa fuese responsable de los extravíos y pasiones de sus Capitanes, estamos viendo a la desgraciada amiga, la República Argentina, sucumbir despedazada por la guerra civil. ¡Lucha horrorosa y eterna! ¿No habrá de llegar un día de confraternidad, de olvido y de rehabilitación para todos? ¿La tumba sólo podrá reunimos ?

Si hubiéramos de buscar todos nuestros compañeros de armas en aquel glorioso día, si resucitadas las simpatías que entonces nos unieron, quisiésemos estrecharnos entre nuestros brazos, ¡cuántas desgracias nos contaríamos!, ¡cuántas heridas sangrarían de nuevo, cuántas lágrimas no verteríamos al ver nuestros destinos tan contrarios, cuán contados los felices, y tantos tan intolerables, tan despiadados! ¡Deseo inútil, empero!, ¡ilusión engañosa! Los campeones gloriosos de Chacabuco están sembrados por toda América.

Unos han sucumbido en el cadalso; el destierro o el extrañamiento de la patria han alejado a los otros; la miseria degrada y envilece a muchos; el crimen ha manchado las bellas páginas de la biografía de algunos. Cual sale de su largo reposo y sucumbe por libertar la patria de un tirano horrible; y cual otro lucha sin fruto contra el colosal poder de un déspota suspicaz, que ha jurado el exterminio de los soldados de la Independencia, porque él no oyó nunca silbar las balas españolas; porque su nombre oscuro, su nombre de ayer, no está asociado a los inmortales nombres que se ilustraron en Chacabuco, Maipú, Tucumán, Callao, Talcahuano, Junín y Ayacucho. ¡Felices! ¡En extremo felices algunos, si gozan de la estimación de sus conciudadanos, desempeñan destinos honrosos o dirigen con acierto el timón del Estado; felices en extremo los que en el seno de sus familias, llevan una vida oscura pero sin alarmas; felices, mil veces felices, los que pueden volver sus miradas sobre lo pasado, sin desear ver borrado un día deshonroso de la historia de su vida.

Mientras la prensa guarda un criminal silencio sobre nuestros hechos históricos, y mientras se levanta esta generación que no comprende lo que importan para Chile, esas salvas y esas banderas que decoran el doce de febrero, (6) nosotros cada vez que pase por sobre nuestras cabezas el sol de este augusto día, lo saludaremos con veneración religiosa; y deplorando la suerte que ha cabido a tantos patriotas, cualquiera que sea el país, o el color político a que pertenezcan,

elevaremos nuestros votos al cielo porque en los cansados días de su vejez, hallen un pan que no esté amasado con lágrimas para su alimento, el abrigo del techo de sus padres, y las bendiciones y respeto de sus compatriotas.

UN TENIENTE DE ARTILLERÍA,
en Chacabuco.

(6) Como esto era escrito por extranjero recientemente llegado a Santiago, ignoraba que por un decreto gubernativo ya antiguo, se había transferido al 5 de Abril, día de la batalla de Maipú, la conmemoración del 12 de Febrero, verdaderamente borrado de los fastos nacionales. Escrito el 7 de Febrero para aparecer el 11 en Valparaíso y llegar el 12 a Santiago, el autor presupone que las calles están embanderadas, y la fortaleza de Santa Lucía ha hecho salvas. Sucedía que el actual Presidente, siendo Teniente, había acompañado por el Sur al General Freire, y no se había hallado en Chacabuco, y que O'Higgins había muerto en la proscripción, y Las Heras estaba dado de baja.

CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Con poquísimas excepciones, la generación actual ve por la primera vez este escrito, acaso ignorando que en su tiempo conmovió profundamente los ánimos en Chile, y fue el punto de arranque del nombre literario de su autor. Pocos son los escritos de circunstancias que resistan a la acción del tiempo, o a la traslación de lugar o de lengua. Solo la historia escrita a la punta del buril de Tácito o de Tucídides conserva su frescura, merced a los lineamentos del arte. Sólo la Ilíada sobrevive a los siglos y a las civilizaciones.

La piedra de toque para aquilatar una obra, es leerla medio siglo después; y si resiste a la usura del tiempo, si las nuevas brisas literarias no han alcanzado a corroerla o empañarla, podéis estar seguros de que expresa la verdad de todos los tiempos.

No entraremos ahora en ese examen, sino que recordaremos las impresiones favorables que produjo a la época de su aparición. Chacabuco estaba como eliminado de la historia de Chile, olvidados estudiosamente San Martín y el Ejército de los Andes, cuando el 11 de Febrero de 1841, sin antecedente que lo provocase, apareció en el *Mercurio* de Valparaíso, y fue leído con avidez en Santiago, el escrito en cuestión.

Hoy parecería extraño a los chilenos mismos el interés que entonces despertó; pero fue vivo y universal. Para la opinión pública, su peroración era como un grito de la propia conciencia aletargada por el espíritu de partido, o los celos internacionales, y que pedía reparación de una injusticia histórica. Para los hombres de letras, y descollaba entonces D. Andrés Bello, más tarde académico de la lengua castellana, era una producción literaria correcta, que no dejaba adivinar su origen argentino, y que entrañaba una revolución en las ideas políticas y literarias dominantes. Para el partido liberal, de que eran expresión D. Félix Vicuña y Las Heras, daba esperanza de hallar abogado digno de su causa; para el Gobierno revelaba la existencia de un político colocado más arriba de las pequeñeces de partido, y cuyo pensamiento podía trazar nuevos senderos a la política del gabinete, conservadora pero leal a los grandes principios republicanos. Para el autor, en fin, fue aquella reminiscencia histórica y las frescas guirnaldas que decoraban la restauración de la batalla de Chacabuco, el pergamino que le abrió las puertas de la Universidad de Chile y con trabajos posteriores, del Instituto Histórico de Francia y otras corporaciones doctas.

Cuando el Congreso entró en sesiones, fue restablecido D. José de San Martín Capitán General en la lista militar de Chile.

La batalla de Maipú, dada en condiciones más difíciles que la de Chacabuco, pues debía parar los estragos de la sorpresa de Cancha Rayada, era demasiado fascinadora para no someterla, con la campaña y retirada de los restos del ejército, al estudio de un militar ansioso de instruirse. La posición adquirida ponía a su alcance medios de información que no siempre tienen los historiadores

cuales son el testimonio de los actores principales en la batalla y el campo de batalla mismo que tanta luz da, sobre los sucesos de que ha sido mudo testigo.

El 4 de abril apareció en el *Mercurio* un estudio concienzudo sobre aquella célebre y decisiva jornada, y que es un documento histórico que deberán consultar los historiadores. Teníanse para escribirlo largas y alegres sesiones en casa del General D. Juan Gregorio de las Heras, Jefe del ala derecha que se retiró en orden e incólume de Cancha Rayada, y en las que tomaron parte además el General Deza de Córdoba, que había sido el teniente de infantería de guardia, cuando los españoles, a la sombra del crepúsculo espirante asaltaron el campamento, el Coronel D. Pedro Regalado de la Plaza, Comandante de la artillería que se llamaba de Buenos Aires, que salvó retirándose con todas sus piezas, y últimamente el Coronel Barañao, Jefe de los Colorados, al servicio del Rey, y terriblemente célebre por el terror que inspiraban a las familias patriotas del Sur. Lo que se pone, pues, en boca del Coronel Barañao en aquel documento, es lo que dijo y sostuvo en el Consejo de Guerra de grandes Capitanes, que lo dictó, ignorando el público hasta hoy que tan alto y autorizado origen tuviese el detalle y descripción de lo ocurrido en aquellos días memorables. Siempre será digno de notarse que un joven militar de las guerras civiles, tratase desde sus primeros pasos de reanudar los vínculos con los ejércitos de la Independencia.

El sentimiento público, olvidando lo que es deber de los beneficiarios olvidar, fue formándose y robusteciéndose con aquella resurrección de los gloriosos días de la emancipación, ya que los habitantes que tenían más de 20 años, (1841) habían pasado con más o menos intensidad por las emociones del terror y de la victoria que son las que más fuertemente sacuden el corazón humano.

La gratitud nacional buscó en el arte expresión ostensible, y luego la estatua ecuestre en bronce del General San Martín, se alzó en la Cañada de Santiago para dar testimonio a las futuras generaciones de que la presente había honrado la memoria de sus héroes. En la plaza del Retiro en Buenos Aires, frente al cuartel que fue de Granaderos a Caballo, y señalando por las calles de Chacabuco y Maipú el lejano horizonte, está la segunda edición de la estatua de la Cañada, pues el movimiento de reparación y de justicia que principió en 1841, fue dilatándose por toda América, y el Perú y la República Argentina le devolvieron lo que había conquistado eternamente.

Así puede decirse que llegó a Buenos Aires, endurecido ya en bronce, el escrito de 1841 que tan benéfica revolución produjo en los ánimos de los contemporáneos. El General Mitre, que ha consagrado sus vigilias al estudio de nuestra historia de la guerra de la Independencia, ha ido, como Mr. Thiers lo hacía en el mismo caso, a Chile a visitar e inspeccionar los campos de batalla de Chacabuco y Maipú. Cuarenta años antes un oficial de Estado Mayor por vocación, habíalos estudiado por años consecutivos, con la ventaja de estar vivos aún los jefes y soldados y pueblo contemporáneos.

La historia de los Dieciocho días de la campaña de Cancha Rayada y Maipú, es prueba de ello; y estando la cuesta de Chacabuco y el campo de batalla en el camino de Santiago, ya en 1827 (diez años después del combate), empezaba a satisfacer sus curiosidades, haciéndose mostrar, con su padre mismo y aun con los arrieros aconcagüinos los lugares más afamados, como el de la separación del General Soler para tomar de flanco al enemigo, la piedra en que fue sentado el

verdugo de Santiago para fusilarlo, el desplayado donde el Capitán Necochea (después General) yacía tendido sobre un cuero y bañado en sangre después del combate. El narrador había vivido por años en Los Andes, donde el Cura, el Administrador de Correos, habían sido actores en la reconquista, recogiendo de las conversaciones diarias los detalles que vuelven a poner de pie una situación y una época. Añádase a esto que su padre fue el conductor de los prisioneros españoles a San Juan, y que su maestro, el presbítero De Oro, había sido capellán del N° Once, y entonces se comprenderá que aquella campaña y sus accidentes y peripecias, han debido encarnarse en el espíritu del narrador y hacerle creer que ha sido testigo presencial. El Secretario de Guerra, Álvarez, entraba a completar con sus confidencias lo que no resultaba de los testimonios inconscientes.

La Memoria presentada al Instituto Histórico de Francia sobre San Martín y Bolívar, revela las largas conferencias tenidas con el ilustre General sobre los pasados acontecimientos, y esto nos lleva a indicar las fuentes de instrucción militar, anteriores a la creación de Escuelas para la preparación de la juventud. En la edad media, la época más guerrera de la Europa, cada noble tiene su castillo y su ejército compuesto de sus vasallos y allegados. El hijo hereda del padre el mando y nace General, debiendo a la mayor edad mandar ejércitos y dar batallas. La ciencia de la guerra se trasmitía de padres a hijos en el hogar doméstico, oyendo a los capitanes referir sus hazañas, y practicando en el campo lo que prescribía la experiencia. A este sistema de educación provee en parte el campamento y la campaña, el vivac y el libro; pero la palabra de los Jefes suele ser siempre el más alto curso de estrategia.

Gozó de esta ventaja en todos los países y ocasiones el oficial cuya vida militar queremos trazar en las subsiguientes páginas, según consta de sus Viajes, Memorias, Biografías Militares y Campañas escritas, siendo notables por lo singulares, sus conferencias durante tres días en África con el célebre Mariscal Bougeaud, Duque de Isly y Gobernador de Arjel, quien se complacía en encontrar al fin, decía, alguno que comprendiese y aprobase las innovaciones introducidas por él en la manera de combatir a los jinetes árabes, que resultaban tener la misma movilidad de la montonera argentina, habiéndose cometido en África al principio, el mismo error que tan fatal fue a uno de nuestros generales, al querer imitar a la montonera en sus algaradas. Y como esas observaciones estaban de antemano escritas en la *Vida de Facundo,* y las cambiadas con el Mariscal Bougeaud, aunque brevemente, están consignadas en *Viajes por Europa, África y América,* bastáramos hacer traducir del árabe, la circular que el Gobernador de Arjel pasaba a todos los generales del Ejército y *cheiks* o jefes de aduares árabes, para que se vea en cuánto estimó general tan notable, la capacidad de su huésped, pues no ha de presumirse que lo apellidase varón ilustre en documentos oficiales ni aun por la carta de introducción de M. Ferdinand de Lesseps, apenas conocido entonces, aunque hoy llene la historia con su fama ístmica. Gobiernos tan altamente colocados como el de Arjel, General tan célebre como Bougeaud, no prodigan los honores y los epítetos a desconocidos.

Esta serie de hechos termina, por decirlo así, la instrucción técnica y superior de un oficial subalterno. Desde 1841 aparece en la escena pública de la guerra de su país como un jefe y un ‘leader’ de la opinión. Sus numerosos escritos le

aseguran aquella posición donde quiera que se reúnen hombres para trabajar por la organización de la República Argentina.

Léese en los *Viajes por Europa, África y América* que el 'Chauss', u oficial árabe que lo acompaña, elevó acusación contra un sheik aduar, jefe de aduar árabe, sobre la calidad de la Diffa suministrada, sosteniendo que debía ser más suntuosa en virtud de ser ilustre el personaje recomendado, y debía guardarse la tradición del Desierto. El Profesor Abu-daram ha tenido la bondad de traducirnos la circular que se conserva en árabe, y cuyo contenido es el siguiente:

¡LA ALABANZA A DIOS SOLAMENTE!

(Hay un sello de oficina)

A todos los oficiales y generales del Ejército, salud.

El objeto de nuestra misiva es deciros que un personaje ilustre nos ha remitido una carta de recomendación de parte del Excmo. señor General Bougeaud, que nos pide le recomendemos y auxiliemos en todo lo que necesitare de nosotros, atendiéndole como es de práctica entre vosotros cuando se trata de Personas Ilustres, que vienen munidas con una carta de recomendación.

Es cuanto queremos comunicarles—salud.

Escrito el 10 de Moharreu (correspondiente al 29 de Diciembre de 1846.)

El Coronel del Ejército Árabe de Oran.

Para satisfacer la opinión del vulgo que no reputa militares sino a los que mandan compañías o escuadrones, haremos notar de paso que desde 1829 hasta dispersarse todas las fuerzas del interior, ha militado como:

Ayudante Mayor a las órdenes del Comandante D. Javier Manuel Bárcena, (mashorquero) — D. Santiago Alvarado, de Coraceros de la Guardia del Ejército Nacional.

Como Capitán bajo las órdenes del Comandante D. Nicómedes Castro, y por muerte de éste en función de guerra, sucedióle provisoriamente en el mando de Dragones hasta su extinción, habiendo sido comisionado 2° Jefe de Academia de Táctica de Caballería, y Auxiliar del Coronel Chenaut para la creación y disciplina del Regimiento de Granaderos que fue derrotado y disuelto por Facundo Quiroga en 1821. De estos hechos resultaría que dados los medios de instrucción de los ejércitos en campaña contra Rosas, sería este el oficial que mejores oportunidades tuvo de educarse en la profesión de las armas, pues un poco más de instrucción que la de la generalidad de los oficiales de caballería de entonces, le daba preferencias para seguir cursos militares, servir de secretario o instruir, reclutar, redactar notas, etc.

EPISODIO DE LA CAMPAÑA

DEL GENERAL LAMADRID A CUYO EN I84I.

No entra en este cuadro sucinto sino lo que de alguna manera se relaciona con el objeto de estos apuntes, de suerte que, a necesitarlo, sirvan para reconstruir su foja de servicios. El General Lavalle hizo en 1840 un esfuerzo desesperado para restablecer la lucha, yendo de derrota en desastre, hasta morir después de la batalla de Famalla. Secundaron o siguieron su movimiento los Generales Lamadrid y Acha, dirigiéndose a las Provincias de Cuyo, y después de un glorioso combate en Angaco, alcanzados en Mendoza por el General Oribe con su ejército vencedor de Lavalle, los dispersos del Rodeo del Medio tomaron (¡en septiembre!) para salvar sus vidas, el camino de la Cordillera todavía cerrada, y seguidos de cerca por un enemigo implacable.

Ocupaba por entonces D. D. F. Sarmiento la posición más envidiable en Chile, gracias a la popularidad de sus escritos, la estimación del Gobierno y el triunfo obtenido seis días antes en los comicios electorales por el partido cuya causa había abrazado con calor, y que debía, poniendo el Gobierno en manos del ministerio triunfante los medios de llevar adelante (como se llevó en efecto) el plan acordado, desarrollar eficazmente la instrucción primaria. Creyéndose como militar llamado a tomar su puesto en la batalla que se darían los ejércitos contendientes, principió, para ahorrarse dificultades, por decir adiós al Ministro Montt y tomar el camino de los Ancles hasta asomar su frente sobre la cadena central de los Andes. Tres caminantes que apercibió a lo lejos que venían del lado opuesto en estación tan no propicia, le hicieron presentir la triste verdad. ¿Derrotados? Derrotados, fue la respuesta que repitieron los ecos de las montañas; y luego otros grupos, y en seguida otros, confirmaron la penosa realidad.

No era empero el caso para detenerse a oír detalles o esperarse al General Lamadrid, conociendo los lugares *y* los peligros de la estación. Desde el Paramillo de las Cuevas regresó incontinenti a pie como había venido, traslomando la Cordillera, y pocas horas después estableciendo en los Andes la oficina, taller, y maestranza más activa para acumular cueros de carnero por centenares para preservarse de las quemaduras de la nieve, charque, cuerdas, galleta y demás adminículos de cordillera que fueron expedidos horas después, con dieciocho peones del correo, diestros en estos manejos, y que alcanzaron a pasar antes que estallase el temporal, que duró tres días. Los chasques a Santiago y Valparaíso, los partes al gobierno y los boletines a la prensa, las circulares al valle de Aconcagua, pusieron de pie y en movimiento tres provincias, acumulando en horas sucesivamente medicamentos y víveres llevados por encima de la cordillera, y en los planes, caballos, ropas, y aun dinero para socorrer a los desgraciados. Solo nueve víctimas hizo la nieve, pudiendo haber, sin tan inesperado como oportuno socorro, debido perecer por centenares los soldados casi desnudos y sin recursos.

Las piezas que siguen serán acaso el primer recuerdo de un grande hecho histórico, que habiendo ocurrido en el perfil de la cresta de los Andes nevados, no pertenece a Chile, ni lo aceptaba la Confederación. Sirva siquiera para reconstruir la foja de servicios de un soldado, que no habiendo despanzurrado con sus manos como Sandes o Gauna a muchos hombres, puede jactarse de haber salvado la vida de millares, en cuatro ocasiones en que hizo imposible el combate, ganando la batalla sin sangre, como se verá en su lugar correspondiente. Son tenidos en mucho los generales que saben dirigir hábilmente una retirada y, ¿por qué no se daría un grado al oficial subalterno que salvase la vida de un ejército?

Sr. Domingo Faustino Sarmiento.

Santiago, Octubre 1° de 1841.

Compatriota y amigo:

Por toda respuesta a la muy apreciable carta de Vd., le acompaño esa orden para que con su resultado atienda Vd. a dar carne y pan a los infelices argentinos hambrientos que vienen.

Es preciso que se limite Vd. a carne y pan, porque para ese mezquino socorro hemos agotado todos los recursos y vencido dificultades de que solo tendrá idea cuando venga y se imponga.

Ahora mismo excitamos a los de Valparaíso a ver cómo nos ayudan a socorrer a nuestros infelices compatriotas. Ha sido solicitado el gobierno, y nos ha prometido para esta noche las órdenes que pudiéramos desear para socorrer la afligida humanidad.

El expreso ha sido despachado antes de la hora de llegada.

Nada diré a Vd. de lo que ha conmovido la relación de los horrores que Vd. no ha hecho más que indicar. Esto dejémoslo para sentido.

Abrace Vd. a mi nombre a los valientes y desgraciados. Somos argentinos y son argentinos. Algún día Dios nos dará patria y habrá gratitud para los beneméritos, o no merecerá aquel país tener tales hijos. Adiós, amigo. Siempre afectísimo de Vd.

J. GREGORIO DE LAS HERAS.

El escribiente saluda a Vd. y a todos los valientes desgraciados.

Sr. D. Domingo F. Sarmentó.

Santiago, Octubre 1° de 1841.

Apreciable señor: Espantado de la catástrofe que Vd. me anuncia, salí al momento a casa de Orjera, donde acabaron de imponerme de las desgracias sucedidas en Mendoza. Extremadamente sensibles a tantos males, no hemos hallado otro arbitrio para detener el progreso de los más urgentes, que levantar una suscripción implorando la generosidad de nuestros compatriotas en favor de las infelices víctimas de la causa de la civilización. Ya se están dando los primeros pasos; y debe Vd. creer que si el éxito corresponde a nuestro empeño e interés, se remediarán sin duda las más premiosas necesidades. Jamás he deseado tanto como ahora en este instante el ser hombre de influjo y fortuna; ¡pero, para qué hemos de poner en cuenta los deseos!

Haremos lo posible; y solo me atrevo a ofrecer por ahora juntamente con mi amistad, como su más apasionado servidor.

Q. B. S. M.

JOSÉ FRANCISCO GANA,
General del Ejército Chileno.

Buenos Aires, Octubre 20 de 1883.

Sr. D. Domingo F. Sarmiento.

Mi estimado General y amigo:

Tuve el gusto de leer su atenta carta de ayer; en la cual se sirve pedirme le esponja por escrito los recuerdos que aún conserve de la llegada a Chile de los dispersos de la batalla del Rodeo del Medio; cuyas reminiscencias de viva voz hacia a Vd. en días pasados, comparando al distinguido actor Calvo con el eminente Casacuberta, a quien oí con tanta complacencia en mi niñez, a su llegada a San Felipe, después de la derrota del ejército a que perteneció.

Hace Vd. bien, General, en recordarme el caballo mío, que fue en las colectas que se hicieron en Aconcagua, solicitadas por Vd., para sacar de entre las nieves de los Andes, los restos de aquel ejército.

Sin mi pobre contingente, yo no recordaría tal vez un solo hecho, una sola palabra de cuanto vi y oí en aquella ocasión. Siempre he creído, General, que el hombre recuerda lo que vio en la infancia, más bien por la impresión que recibiera de los objetos, que por el juicio o criterio que de ellos pudo formarse.

Como Vd. se sirve decirme en la que contesto: “que desea arreglar sus apuntes, a fin de restablecer lo que por lo lejano de los tiempos se hubiere

olvidado y deba recordarse," no estará demás para la inteligencia de mis recuerdos, que haga en este lugar una ligera digresión.

A la llegada a Aconcagua del Ejército Argentino a que Vd. se refiere, vivían en San Felipe los señores D. José y D. Pedro Antonio Ramírez, y por haber militado en los Granaderos a Caballo, muy conocedores de las familias argentinas; y con dificultad pasaría a Chile algún argentino decente, sin alojarse en la hacienda de D. Pedro Antonio.

Como es natural, estos sujetos tomaban gran interés en las cuestiones políticas de la República Argentina, y estaban al corriente de los hechos de armas que aquí se producían.

D. José I. Ramírez, desde en vida de mi padre, acostumbraba ir todos los días a nuestra casa de San Felipe. Mi hermano mayor lo aguardaba con el deseo con que hoy día se lee la crónica de los hechos locales.

Un día nuestro cronista llevó una carta de su hermano D. Pedro Antonio, escrita desde su hacienda, en la cual le participaba la derrota del ejército unitario en el Rodeo del Medio, manifestándole a la vez el temor de que muchos de los derrotados hubiesen perecido en la Cordillera en el último temporal; agregando, que la noticia la traía D. Domingo F. Sarmiento.

Nuestro cronista contó varias peripecias de la derrota, que no recuerdo y nombró a varios deudos de familias argentinas residentes en nuestro pueblo, que iban entre los emigrados.

Recuerdo perfectamente, General, estos incidentes, porque fui yo el portador de un mensaje de condolencia, enviado por mi madre a varias familias argentinas de su relación, y todavía me parece ver correr las lágrimas de la señora Paz Piñeiro de Rojo al contestar la atención de mi madre.

Por si Vd., General, lo hubiese olvidado e interesase a sus anotaciones, recordaré a Vd. que la señora Paz Piñeiro de R. fue esposa del Dr. D. Posidio Rojo, natural de San Juan; cuyo señor fue Juez de Letras de Aconcagua, segunda autoridad de la Provincia; pues en Chile, como en la época de su Gobierno en San Juan, no se exige la nacionalidad para ejercer este destino. Ni es allí un obstáculo la calidad de extranjero para ser ministro o secretario de Intendencia; como tampoco lo es aun, para ejercer los puestos más elevados del Poder Judicial. Los distinguidos argentinos Dr. D. Antonino Aberastain, Delgado, Domingo Ocampo y otros, han ejercido allí aquellos importantes destinos.

Volviendo ahora al asunto que motiva esta carta, diré a Vd. General, que la visita del Sr. Ramírez de aquel día, tenia un objeto más noble que la crónica ordinaria.

D. Pedro Antonio le encargaba encarecidamente en la carta de mi referencia, que viera a mi hermano Juan E. Barriga, a los Sres. Caldera, Echevarría y otros, y les pidiera su concurso para salvar y proteger a los emigrados, por quienes Vd., General, se interesaba tanto.

Tan laudable empeño de su parte, no podía ser estéril. Con la presteza que requerían las circunstancias, se reunieron más de doscientos caballos y mulas, se remitieron a la Cordillera con peones *ad hoc,* enviando el Sr. Ramírez su tropa de mulas cargadas de víveres.

Pero lo que no pudo deberse a otro que al valioso empeño de Vd., General, fue el alojamiento de la tropa propiamente dicha de los restos de aquel ejército en

San Francisco de Curimon, su racionamiento suministrado por la autoridad local, y la visita diaria a sus enfermos, del médico de ciudad Dr. D. Manuel Antonio Carmona, la cual vi yo mismo practicar en una ocasión.

En efecto, la presencia de los Castex, del joven Emilio Conesa, General más tarde, la del conocido literato D. Juan M. Gutiérrez, y del Sr. D. Emilio Castro, que aún vive en Buenos Aires, la presencia, digo, de estos señores en casa de mis deudos, y la de tantos otros argentinos distinguidos en lo de Bari, Ramírez, Cardoso, etc., es un hecho natural, que nada revelaría hoy el empeño de Vd., General, por salvar de las nieves a todo el ejército.

Todos estos señores, más o menos conocidos, llegaban emigrados a nuestras cordilleras, y natural es que fuesen socorridos y recibidos con todas las consideraciones que merecen la desgracia y la buena educación del desgraciado.

Conozco bastante a mi país, General, y puedo afirmar hoy sin temor de equivocarme, que esos soldados no pudieron estar en un cuartel de nuestra tropa de línea, aunque el cuartel estuviera desocupado a la sazón, sin una orden del Gobierno de Santiago, y que esa orden no pudo darse sin mediar un valioso influjo y poderosa iniciativa.

Con las consideraciones de mi más distinguido aprecio, tengo el placer de suscribirme de Vd., General.

Atento amigo y S. S.

ANTERO BARRIGA,

Cónsul de Chile.

EL 20 DE ABRIL 1851

SUBLEVACIÓN DEL "VALDIVIA" EN CHILE

No estamos escribiendo un panegírico sino los rasgos principales de la vida de un militar. El 20 de Abril de 1851 hubo conmoción en Santiago con la sublevación del «Valdivia», y en lugar de estar a las resultas, el que tan denodadamente sostenía la política del gobierno amenazado, en lugar de desnudar la tizona que no podía llevar por no tener colocación en el ejército, presentóse al frente, en línea de combate con su rifle revolver de seis tiros, que el pueblo tomaba por escopeta. Era el precursor del Remington. Como no es del caso entrar en el fondo de las cuestiones militares que aquel hecho suscitó, pondremos aquí dos testimonios que, como el del salvamento de la Cordillera, tienen su lugar en una biografía militar.

Santiago, diciembre 5 de 1883.

Sr. D. Domingo F. Sarmiento.

Buenos Aires.

Estimado señor y amigo: Un antiguo amigo de Vd. y mío, me ha impuesto del trabajo histórico que Vd. proyecta y de su deseo de obtener un testimonio de un testigo de vista, de la actitud que Vd. asumió en la sublevación del "Valdivia" el 20 de Abril de 1851.

Recuerdo perfectamente que fue Vd. uno de los primeros que llegó a la Moneda, y que permaneció al lado del General Bulnes en la Cañada en los momentos mas críticos.

El Presidente con su estado mayor y sus ministros, el General Gana a quien proporcionó Vd. caballo, y Vd. ocupaban al frente del Regimiento de Granaderos a Caballo un puesto en la Cañada, dejando detrás la Moneda, donde estaba colocado en las ventanas todo el cuerpo de policía al mando del Coronel Ramírez.

El combate estaba trabado en el Cuartel de Artillería en la misma Cañada. No solo yo sino los pocos que aún viven de los que asistieron a esa jornada, recordamos haber visto a Vd. con su rifle-revolver de seis tiros, dispuesto a combatir, habiendo manifestado Vd. a los amigos que lo rodearon, que no podía llevar espada porque era argentino y no chileno.

Recuerdo también, que su encuentro en esta jornada valió a Vd. algunas censuras; pero en cambio se conquistó Vd. con su conducta más respeto y más estimación aún en el partido contrario.

Hay todavía una circunstancia más que me complazco en recordar a Vd., y es la abnegación y nobleza con que asiló Vd. a varios perseguidos en su casa de Yungay y en la de sus hermanas en Santiago. Esto sirvió después de tema más que de conversaciones, de admiración por la conducta que Vd. había observado con sus amigos vencidos. Me agradaría insistir más sobre este recuerdo que en aquel tiempo, como todos, aplaudí y admiré, pero prefiero concluir renovando a Vd. las consideraciones con que soy de Vd. atento servidor y amigo.

JOSÉ MARÍA NECOCHEA.
(Municipal, hijo del General Necochea).

**********”

“Supongo que vuestros apuntes militares traerán algún recuerdo del 20 de abril de 1831 en Santiago.....El Presidente Bulnes, como que era un valiente general, salió de la Moneda a combatir el motín, y vos ibais a su lado, bien montado, y con vuestro rifle enhiesto, que el pueblo creía escopeta.

Pasados los tiempos, nos encontramos en la sociedad, y entonces os felicité por el 20 de abril, diciendo una verdad, cual era que en aquel hecho de armas habíais ganado la estimación de los liberales, que os habían visto exponer vuestra vida en defensa del partido al cual servíais como escritor, ¿os acordáis? Os dije también que os saludaba como bueno, y no me arrepiento, pues la consecuencia en circunstancias extremas, no es común en los hombres, mucho menos en los de la prensa, ni es cómoda la lealtad para las almas de cántaro.

Adiós; mandadme vuestros futuros libros, y ved en qué otra cosa puede ayudaros vuestro amigo — VICTORINO LASTARRIA, (Miembro de la Corte Suprema.)”

Excusado es dar cuenta aquí de lo que pasó en Chile desde 1841 hasta 1851, en cuanto a la cuestión política argentina. Habiéndose hecho extranjera la guerra bajo las murallas de Montevideo, toda la Confederación yace postrada a los pies de sus caudillos.

Chile en tanto, se convierte en una Cátedra de Derecho Constitucional, de Historia, de Economía Política, para ilustrar todas las cuestiones que suscita la lucha contra un tirano semibárbaro. Es este el más bello espectáculo que haya presentado la América latina. Navegación libre de los ríos, libre cambio, viabilidad, emigración, todo se ventila en la prensa, en folletos y en libros que afectan la forma de la historia; pero que arrastran tras sí las simpatías aun de los opresores, y se abren paso hasta Europa misma, y cambian la opinión del mundo civilizado.

Los tiempos se acercan al fin, y los termidorianos aparecen formidables, reivindicando su parte de acción perdida, pues han acabado por sentirse absorbidos por el poder dictatorial que ellos mismos han creado.

Es triste el denuncio que el autor hace de los pequeños pero invencibles obstáculos que se opusieron a que la poderosa emigración de Chile, con las

mejores espadas de los ejércitos de línea, con la inteligencia de sus '*leaders',* apareciese en la escena, cuando de destruir la tiranía de Rosas se trataba en 1851, ya que el General Urquiza se aprestaba a la lucha, en alianza con Montevideo, Corrientes y el Brasil. Diez Provincias, siendo en cuatro de ellas por lo menos más fuerte y decidido el partido liberal con Chile al respaldo como maestranza y campamento, permanecen tranquilas, cual si nada les fuese en la parada, hasta que el vencedor de Caseros tiene que entenderse con los gobernadores de Rosas, reconocidos guardianes de pueblos que en efecto parecieron rebaños. Esta aparente anomalía es causa de importantes revelaciones.

Los jefes militares que pudieron, dieron la vuelta del Cabo y fueron a ofrecer sus servicios al general Urquiza, ya General en Jefe de un poderoso ejército aliado. Tomaron servicio en dicho ejército con el título de Tenientes Coroneles D. Bartolomé Mitre y D. D. F. Sarmiento, el Coronel Aquino y el Coronel Paunero.

De un documento publicado entonces, se ve que el General Urquiza, invitaba al Teniente Coronel Sarmiento a incorporarse al Ejército para acompañarlo en la próxima campaña, *en que sus servicios e inteligencia* – decía - *serán de mucha utilidad, sin que por eso deje Vd. de estar en campaña., cuando mucho tiempo hace que lo está combatiendo con sus escritos al tirano de nuestra patria* [7].

Este reconocimiento de los pasados servicios prestados, declarándolos continuos y útiles el general en jefe, no conviene a todos los militares argentinos de entonces, por cuanto no estuvieron combatiendo con sus escritos al tirano de su patria. Alberdi encabezaba una escuela que pretendía, que siendo extranjeras las prensas de que eran redactores los argentinos, no les era lícito abogar por los intereses de su patria de nacimiento. Sarmiento sostenía, aun ante el gobierno de Chile, que el espíritu humano no se divide en dos secciones, y que donde quiera que las ideas liberales lo reclaman, ahí ha de estar con toda su inteligencia y voluntad el que hace profesión de sostenerlas.

Cumpliólo sin tregua en los diarios chilenos que redactaba, pero para responder a toda objeción, escribió libros como el *Facundo,* periódicos como la *Crónica* y *Sudamérica* que contienen todo el programa de la revolución y ocultan los enormes caudales necesarios para imprimirlos y hacerlos circular en catorce provincias clandestinamente durante diez años con otros panfletos por toda la Confederación, hasta introducirlos bajo la almohada del tirano, según el testimonio de La Fuente, secretario del gobierno, del General Mansilla, hermano político de Rosas, de Roque Pérez, oficinista de Pedro de Ángelis, escritor de Rosas, que servían de agentes, más o menos directamente.

Yendo camino de incorporarse al ejército, los tres oficiales generales que venían de Chile, transbordándose en Montevideo al vapor *Don Alfonso* que llevaba la insignia del Almirante Greenfel, tuvieron parte en el combate naval del Paso de las Piedras, sufriendo la lluvia de novecientas balas rojas, según confesión del General Mansilla que las arrojó; y nunca está demás en la foja de servicios de un

---

[7] Cuartel General de Gualeguaychú, noviembre 18 de 1851, al Teniente Coronel Don D. F. Sarmiento.

Jefe de Estado Mayor de tierra, un combate naval en que quedando sobre cubierta, toma la misma parte que el Almirante o el último grumete.

PARTE DADO POR EL ALMIRANTE GREENFELL

DEL COMBATE DEL PASO DE LAS PIEDRAS

Illmo. e Exmo. Sr.—Tenho a honra de participar a V. Exa. para informação do governo imperial que, tendo disposto tudo para o embarque da 1a divisão do exercito imperial destinada a Entre-Rios, sahi da Colonia con os vapores *Affonso, Pedro 2º, Recife* e *Dom Pedro* sendo embarcado n'estes 1,198 prazas da 1ª brigada de infantaria, com o seu commandante o Coronel Francisco Fonseca Peres Pinto, destinada a reunirse a vanguardia do exercito aliado no Diamante.

N'essa tarde chegamos em fronte da villa de San Pedro, donde achei no melhor estado de aceio e promtidão, a divisão commandada, pelo capitão de mar e guerra Guillerme Parker compostos das corvetas *Dona Francisca,Unido,* e brigue *Caliope.*

Dei n'essa noite as disposições necessarias, e pela madrugada do dia 17 tomando o *Affonso* a reboque a *Dona Francisca,* o *Don Pedro 2°* a *União,* o *Recife* a *Caliope,* e o *Dom Pedro* junto a c *Affonso* subimos o rio promptos para combate. Achamos o Obligado desocupado, porêm, ao aproximarnos ao Passo do Tonelero, onde o General Mansilla, ha muito tempo estaba ocupado em preparativos para obstar a nossa passagem, colocando convenientemente toda sua artilharia, construindo fornalhas para ballas ardentes &. &, vimos as barrancas corôadas con doze bocas de fogo em baterías, e trincheiras cheias de infantaria, com a cavallaria em reserva. N'esta occasião ordenei que toda tropa do exercito se abrigase nas cobertas dos vapores: o que se cumpriu contra os desejos d'essos bravos soldados, ficando encima somente o digno comandante da brigada, seu major, os commandantes dos corpos, alguns officiaes e atiradores, e os distintos coronéis e tenente coronel do exercito aliado *D. Wenceslau Paunero, D. Domingos Sarmiento,* e *D. Bartholomeu Mitre.*

Mandei tambem que o *Affonso,* o que trabalhaba somente con duas caldeiras do lado opposto as baterias, conservando en defesa as outras duas, diminuisse seu andar o mais possivel, para não separarse dos navios da retaguardia.

Ao meio dia, estando a divisão a meio tiro de fuzil das baterías, romperão estas sobre ella um vivo fogo de ballas ardentes,[8] metralha e fuzilaria que foi inmediatamente respondido com balla, metralha y fuzilaria de toda a linha: e sustentado pelos nossos com tanto vigor que as puntarias do enemigo derão logo a conhecer a sua perturbação.

N'uma hora estaba effectuada a passagem, e os navios seguían rio acima ao som das músicas que tocarao o himno imperial.

A divisao tuvo dois fuzileiros navaes, e dois marinheiros mortos, e um encarregado e dos marinheiros feridos, sendo a major parte do *Recife, Affonso* apenas recebeu no costado algumas ballas de fuzil, e nos outros navios a

[8] Por declaración personal del General Mancilla alcanzaron a novecientos.

artilharia causou pequeño damno; felizmente a forza do exercito imperial nada sufreu: o que claramente faz sentir a mao protectora da Divina Providencia.

Esperando ser novamente acommetido no estreito Passo de Ramallo levei até este ponto as corvetas; porêm, não achando ahi enimigo, as fiz fundear, e dei ordem ao commandante Parker para regresar a San Pedro com o primeiro vento favoravel.

No dia 18, ao aproximar-me da villa do Rosario, vimos de novo as barrancas covertas de infantaria e cavallaria estendidas em linha de atiradores: tendo de pasar a menos distancia que no Tolenero, fizerão-se os mesmos preparativos para combate: porêm, sem contar com a nossa artillaria que a altura das barrancas inutilizaba, dominando completamente as toldas dos vapores.

Ao chegar ao ponto mais estreito da passagem, vendo que nos não atiravão, dei vivas a Confederação Argentina, a liberdade e a queda do tirano, que forão respondidos pelos nossos, e parecerão bem acolhidos pelos de terra, adiantando-se varios d'estos para cumprimentar-nos.

Sem outra novidade, alem de encalharmos varias vezes, em consecuenza do rio estar extraordinariamente baixo demos fundo em este porto onde poucas horas antes habia chegado o Sr. gobernador Urquiza.

Desembarquei inmediatamente a tropa, armamento, munições e dinheiro que truxemos; e hoje deu-se principio a passagem da vanguardia, do exercito aliado para outro lado do Paraná.

0 comportamento dos senhores commandantes e officiaes, engenheiros, soldados e marinheiros da escuadra no combate passado foi superior a todo o elogio: quando todos comprirão bem com o seu deber, injusto será fazer distincões; por isto omito enviar a V. Exa. com a copia inclusa da ordem geral n° 14, uma relação dos commandantes e officiaes presentes n'esse conflicto.

Deus guarde a V, Exa. Abordo da fragata a vapor *Affonso* no Diamante, 23 de Dezembro de 1851. Illmo. Sr. Conseilhero Manuel Vieira Tosta, ministro e secretario de estado, dos negocios de marinha — João *Pascoe Greenfell.* Chefe da esquadra, commandante en chefe das forzas navaes do imperio do Brasil no Rio da Prata.

Tomado de la Revista Marítima brasileña, Vol. II n° 2. Quinta-feira 15 de Janeiro de 1852

BATALLA DE CASEROS

La campaña, ejército y batalla de Caseros, es el más considerable hecho de armas de que pueda honrarse un General, no tanto por la batalla que era una consecuencia, como por el plan de campaña que anticipó diez años la revolución que debía experimentar la composición de los ejércitos, sufriendo en la batalla general la caballería, impotente contra el Remington y el Krup, y reservándola para obrar en grandes masas, sobre el enemigo, ya para embarazar, ya para desconcertar sus operaciones.

El General Urquiza, antes que pudieran los pasados regimientos de Buenos Aires con la muerte de Aquino entonar el decaído espíritu moral de sus tropas, formó una vanguardia de ocho mil hombres de caballería, y a marchas forzadas, yendo a su cabeza, cayó el 31 de enero sobre el General Pacheco, que se mantenía de vanguardia con toda la caballería de Rosas en los campos de Cabral, y lo aplastó con el número, y lo espantó con la rapidez. La batalla campal para Rosas era un vano simulacro. Habiendo descubierto el astuto General Urquiza el verdadero uso de la caballería en las campañas modernas, repitió la misma maniobra en Cepeda, donde había triple vanguardia, sobre la cual cayeron siete mil hombres en cuatro divisiones. Es verdad que el General Trochu no había escrito todavía que “la invención de armas cortas había cambiado enteramente la parte que la caballería debía desempeñar en la guerra, y que su verdadera misión le venía de su rapidez, y por consecuencia de su aptitud para caer en medio de un ejército en retirada, rompiendo los trenes, interrumpiendo las comunicaciones, cayendo donde menos se le espera. La asombrosa fuerza moral sobre la eficacia simplemente material de esta arma, no parece haber sido comprendida por el ejército francés durante la última guerra, permitiendo que su caballería operase en masa compacta con la infantería, etc., etc.” Qué extraño pues, que no fuese comprendida tampoco entre nuestros Generales, aunque aquel genio militar que el General Paz reconocía en Urquiza, le hubiese hecho anticiparse a la Europa en el cambio de estrategia, avanzando setenta leguas con toda su buena caballería para tomar y aplastar al enemigo en su propio campamento.

Desgraciadamente el Jefe de Estado Mayor que en la Campaña del Ejército Grande aplaudió calurosamente estas audaces operaciones, no tenía los mismos elogios para los actos políticos que se sucedían en Buenos Aires después del triunfo, tratándose aún antes del Acuerdo de San Nicolás de revivir y organizar la Confederación de Rosas, razón porque el 10 de Febrero pidió y obtuvo su retiro del servicio público; pero al momento de embarcarse para regresar a Chile, renunciando a toda esperanza de ver organizada la República bajo instituciones libres, entregó al General Hornos la siguiente carta, para ponerla en manos del General Urquiza que tuvo un mal rato al leerla.

Buenos Aires, Febrero 23 de1852.

Señor General en Jefe del Ejército Aliado:

Habiendo obtenido de V. E. el permiso de regresar a Chile después de haber terminado la comisión que se dignó confiarme en el Ejército Grande, he resuelto aprovechar la próxima partida de un buque para Río de Janeiro. Aceleran esta resolución el lenguaje y los propósitos de la proclama que ha circulado ayer, siendo mi intención decidida no suscribir a la insinuación amenazante de llevar un *cintillo colorado,* por repugnar a mis convicciones y desdecir de mis honorables antecedentes.

¡Que Dios ilumine a V. E. en la escabrosa senda en que se ha lanzado, pues es mi convicción profunda que se extravía en ella, dejando disipar en un período mas o menos largo, pero no menos fatal por eso, la gloria que por un momento se había reunido en torno de su nombre. Aprovecho esta ocasión de ofrecer a V. E. los respetos y la consideración con que me suscribo de V. E. seguro servidor.

D. F. SARMIENTO.

Este incidente dio a la prensa y servidores de Rosas ocasión para una fábula que el Coronel Mitre, D. Bartolo, tuvo el coraje de desmentir con el siguiente comunicado al Redactor del "Comercio del Plata":

Sírvase publicar estas cortas líneas en contestación al torpe pasquín, que con el título de *Asesinato frustrado y fuga del asesino* se ha insertado en el *Diario de la Tarde* de hoy (viernes 26 de Febrero de 1852) con la firma de D. Juan Mur.

El señor Sarmiento, a quien se ataca en esa ridícula pasquinada, no necesita de mi defensa, pero siendo amigo suyo, y estando incidentalmente mi nombre mezclado en el asunto que ha dado origen a aquella publicación, me considero en el deber de no dejar pasar las injurias que se le dirigen por la espalda.

Todos conocen bien el señor Sarmiento. Sus escritos políticos, literarios y administrativos le han granjeado una reputación americana, y solo al señor Mur podía ocurrirle la ridiculez de llamar asesino al publicista ilustrado, al militar valiente, cuyo nombre es respetado en toda la República Argentina.

En cuanto al dictado de cobarde que le aplica el autor del pasquín, solo una cosa diremos en contestación. El señor Sarmiento se batía con honor en Monte Caseros, y cargaba espada en mano en la División Oriental, que tomó por asalto las posiciones enemigas. . . . .

El señor Redactor del "Diario de la Tarde", haciéndose el abogado de la causa de Mur, también le dirige al señor Sarmiento su tiro por la espalda, y puesto que se ha hecho solidario de tan noble causa, reciba igualmente para sí todo lo que queda dicho para el autor del pasquín que él ha prohijado.

B. Mitre.

Diario “Agente Comercial del Plata” N° 213, año 1.

Biblioteca Pública.

Treinta años después, esta carta tiene un gran valor.

Excusado es confirmar el hecho de que el Teniente Coronel Sarmiento estúvose espada en mano en lo más recio del combate de Caseros, pues que con el señor Dillon ocupaba el costado de la guerrilla de infantería oriental avanzada sobre la batería de la puerta del Palomar, que arrojaba una lluvia de metralla. Lo que ahora importa y el Coronel Mitre, que aún no figuraba en la escena política, hace notar entonces, es el caudal de reputación formada, que traía desde Chile, Europa y Estados Unidos, el señor Sarmiento, objeto de aquellas injurias, pues todos sus grandes escritos, como sus viajes, son anteriores a la batalla de Caseros. Podemos, pues, retener las palabras del Coronel Mitre, que va a aparecer en la escena, para ver si pudo en adelante conservar íntegro este buen nombre, y no lo disminuyeron y degradaron el epíteto de loco, de boletinero, y el trabajo y las intrigas de los partidos representados por diarios conocidos que sucesivamente intentaban hacerle descender en la pública opinión a punto de creerse él mismo hoy que ha necesitado llegar a la edad de setenta años para recuperar en la estimación pública el puesto honorable que le tenían deparado desde 1845 los hombres notables del mundo, que trató.

Vuelto de su destierro voluntario después de la revolución del 11 de septiembre, de cuyos síntomas precursores huyó, volvió a tomar servicio, y el decreto que sigue, aunque sin aplicación sino durante dos días, pues que el General en Jefe llegó y se recibió del mando de la plaza, contuvo las dos últimas comisiones que recibió con mando de tropas, siendo de notar que se conserva Teniente Coronel con funciones de General durante diez años, y que, salvo el grado de Coronel dado mientras dirige la campaña contra Peñalosa, se conserva treinta años Teniente Coronel; y aún transcurridos aquéllos, es materia de graves dudas y vacilaciones para la Comisión Militar del Senado, cuya mayoría la formaban el hermano del General Navarro, gobernador caudillo de Catamarca [9] como era General el Chacho, y el hijo del General Echagüe, aquel Restaurador del Sosiego Público de Santa Fe, cuyos títulos de doctor en Teología le sirvieron para que Rosas lo condecorase con aquel título.

Con esto termina la crónica militar de los tiempos heroicos, y el servicio de subalterno que lo lleva a la campaña del Interior después de la batalla de Pavón, con el carácter de Auditor de Guerra, acabando por terminarla personalmente, como se verá enseguida, mediante lo que él llamó la *diplomacia de la guerra.*

---

[9] Este señor ha permanecido Diputado o Senador por Catamarca durante treinta años sin interrupción en los Congresos de la Confederación y de la República. No ha usado nunca, o poquísimo, de la palabra, y se cree que la resistencia a despachar el informe de la Comisión Militar del Senado, durante tres años, es hasta hoy su único acto parlamentario.

El decreto que sigue cierra el período de la historia pre-constitucional argentina, y de los servicios militares del Teniente Coronel D. Domingo F. Sarmiento a las órdenes de otros Jefes de mayor graduación.

Art. 1° Al exterior de la ciudad se formará una línea de fortificaciones... etc.

Nómbrase Comandante General al Coronel D. Wenceslao Paunero, y para segundo Jefe al Teniente Coronel D. Domingo F. Sarmiento, antes Jefe del Estado Mayor del Ejército de Reserva

. . . . . Las tropas que guarnecen la línea de fortificaciones, dependerán del General en Jefe del Ejército de la Capital. - Buenos Aires, Octubre 29 de 1857. - PASTOR OBLIGADO."

SEGUNDA PARTE

Con la campaña al Interior después de Caseros al mando del General Paunero, y de que forma parte el Teniente Coronel Sarmiento como Auditor de Guerra, y un poco como Consejero o Secretario oficioso, termina la larga preparación que lo llevó en los transcurridos treinta años desde Alférez de Milicia Urbana de San Juan, siendo su Capitán el que murió General en el Paraguay, D. Cesáreo Domínguez, hasta la efectividad de Teniente Coronel de Estado Mayor. Ha servido sucesivamente bajo las órdenes de Generales sanjuaninos como Vega; mendocinos como Moyano; cordobeses como Paz; entrerrianos como Urquiza; bonaerenses como Mitre, Paunero y Rivas, según que se desprendían divisiones, hasta terminar en persona y con mando propio la pacificación del Interior en San Juan el 7 de Enero de 1860, en que hizo su entrada con treinta hombres destacados de los Guías de Sandes, y puestos a sus órdenes por instrucciones escritas del General Paunero. La nación aparecía unida en un solo cuerpo, con esta punta, dirigida hábilmente hasta Cuyo *(bongré malgré),* poniendo en arcas nacionales ciento veinte mil fuertes de los derechos que cobrarían las Aduanas de San Juan y de Mendoza, que habían quedado en poder del enemigo. Estas razones las hizo prevalecer el Auditor de Guerra para modificar el plan de campaña originario.

El General Rivas y el Coronel Sandes emprendieron, sin sujeción al Gobernador de San Juan, que lo era el señor Auditor de Guerra, pacificar la Rioja, empresa en que emplearon un año, con muchos gastos, y sin resultado alguno, hasta que de *guerra lasse,* celebraron un tratado (capitulación) con el Chacho, que debía durar lo que tales flaquezas duran. Los actos de vandalismo comenzaron invadiendo a San Javier en Córdoba, y expulsados de allí, amenazaron a San Juan.

Fue nombrado entonces el Gobernador de San Juan Encargado de dirigir la guerra contra Peñalosa en la Rioja, Antivero en San Luis, y Clavero y Puebla en Mendoza, poniendo a sus órdenes el 6 de línea de infantería, el primero de caballería y la Guardia Nacional de tres provincias, habiendo en San Juan un excelente batallón de rifl
eros.

Estas y más fuerzas eran necesarias para cubrir el campo del levantamiento, pudiendo extrañarse solo el título dado al Jefe, de Director de la Guerra, que la milicia no reconoce, ni la ordenanza inviste, con el derecho de juzgar e imponer la pena de muerte que tiene el Comandante General de un ejército, cualquiera que sea la graduación del que tiene el comando. Un solo hecho bastaría para medir el vacío. Caído Clavero en manos del pretendido Director de la Guerra, hubo de juzgarlo militarmente con anuencia escrita del Ministro de la Guerra, llamando consejo ordinario el que lo juzgase, no obstante rezar su nombre en el escalafón de la Confederación. ¿Puede condenar a muerte un director de guerra por delitos militares? (La rebelión lo es.) El Teniente Coronel dudó de sus facultades, y condenando a Clavero en consejo de guerra de oficiales generales, mandó

procesos y sentencia por cuerda reservada al Comandante General de Armas para que aprobase la sentencia y mandase ejecutarla.

Reunió el Presidente un consejo compuesto de los jurisconsultos Vélez, Pico y Tejedor, quienes hallaron en regla el procedimiento, decidiendo sin embargo el Presidente que era juicio civil el del sublevado Clavero, *y* por tanto irregular el consejo de guerra. El criminalista Tejedor, exigiendo cuando ministro que se juzgase militarmente al comandante Gómez de San Juan, que se había puesto en condiciones iguales a Clavero, el Presidente le opuso aquel precedente administrativo que él mismo había autorizado. Entonces el Dr. Tejedor, protestando contra la aserción, dijo delante de los demás ministros, que al salir de la conferencia, el Procurador Dr. Pico hizo notar la singularidad de llamar en consulta a tres jurisconsultos para hacer lo contrario de lo que ellos habían decidido, ateniéndose al juicio del General Gelly y al del ministro Elizalde, no obstante que el ministro Rawson había adherido a la opinión de los criminalistas.

Sea de ello lo que fuere, la campaña contra los sublevados de Mendoza, San Luis y la Rioja presenta caracteres de extrema regularidad, como convenía a la primera que se hacía bajo el imperio de la Constitución, y era dirigida por uno de los hombres públicos más conspicuos a este respecto. Su desenlace con la derrota y aniquilamiento del Chacho, presenta los rasgos esenciales de las guerras que más tarde habrá de dirigir ex-oficio el Presidente, y ofrecerán, cuando se hayan revelado sus resortes, materia de estudio a los jóvenes generales, y de comento a los antiguos que tomaron parte en ellas, o fueron de su éxito final testigos presenciales. Entonces se verá cuán poca parte tuvo la casualidad en la victoria, y cuánto se debió a la observancia de ciertas reglas y principios estratégicos, buenos en todo tiempo y lugar.

San Juan había quedado desguarnecido después de poner sus fuerzas y las nacionales al mando de los comandantes Arredondo y Sandes, en campaña, habiendo éste acudido a la batalla de las Playas de Córdoba con setecientos hombres de su comando de fuerzas de San Juan.

Por circunstancias inevitables, el General Peñalosa se había acampado mas cerca de San Juan, que lo estaba Arredondo detrás de él con las fuerzas de San Juan casi a pie. Estos hechos no se discuten por su misma brutalidad. Ahí están las fuerzas. El Director de la Guerra pedía a Mendoza el 1° de Línea desocupado, al Comandante Segovia, muerto ya Sandes, al Gobernador, al General Paunero Director de la Guerra situado en Córdoba, y de todas partes recibía la misma respuesta, “a mí no me cabe en la cabeza que el Chacho invada, dejando a su espalda a Arredondo”. Fue preciso mandar en persona al Jefe de Policía, Señor Rojo, primo hermano del Ministro Rawson a implorar de nuevo socorros. ¿Qué instrucciones me da?, preguntaba el funcionario. Hincarse de rodillas ante el General Paunero, y como testigo presencial explicarle la verdad de las cosas. ¡No hago *Rinconadas!,* sin caballería segura. Al fin llegaron a San Juan dos días antes del Chacho setenta y cinco soldados del 1° de Línea de caballería, y setenta y cinco de guardia nacional de Mendoza, a más de una compañía del 6 de línea al mando del Capitán Méndez, que se hizo volver de Jachal. El Chacho fue derrotado seis horas después de haber invadido

por una pequeña pero sólida fuerza improvisada, llenándose así, casi sin cálculo, una de las prescripciones de la estrategia, --- ocultar al enemigo la propia fuerza, o hacerle fallar los datos que le sirvieron de base para sus cálculos.

El Chacho contaba habérselas con un escuadrón de milicia del Comandante Juan Ejidio Álvarez, y medio de Guías mandado por el Comandante Quiroga. Encontróse con el heroico Irrazabal con trescientos hombres, la mitad como de línea y una buena y sólida base de infantería.

Jordán cree haber dado un golpe maestro trasladando el teatro de la guerra a Corrientes, ya que el ejército nacional no podía seguirlo a tanta distancia al norte. Ni aguardarlo se propuso el Gobernador Baibiene con su milicia, a punto de insurreccionarse con Reguera, que no obedecía. Muy sorprendido se quedó Jordán al ver que le caía encima, como una teja del cielo, el Coronel Roca con dos batallones de infantería, lanzado al trote gimnástico sobre su propio campamento. La noche anterior había entrado en línea de formación el batallón brigada de artillería, llegado de Bahía Blanca en línea recta. ¿Casualidad? No. Es que la distancia entre la Esquina y Corrientes, a caballo es menor que la que recorren los vapores en el Río, y sabido cuando se pondría en marcha, se le podía aguardar con una corona de bayonetas y de cañones, no previstos en su pobre plan de operaciones. D. Gonzalo resulta ser una combinación de. los planes de Causete y de Ñaembé, a saber, traer al campo de batalla otra fuerza que la que se conoce y embrollarle al enemigo sus propios datos.

Creía habérselas con el General Vedia, situado al oeste, y hubo de medirse con el Sr. Ministro Gainza que le tocó la espalda por detrás del lado del oeste.

Las primeras escaramuzas para la represión del formidable motín del 1° de línea en Mendoza, se trabaron en el Senado, mediante las *diez y seis* interpelaciones que debían confundir al gobierno, y probar sus malos manejos en aquella Provincia. Cuando a fuerza de articulaciones (abogados disipan la maniobra), logró ganar tiempo para responder a tanta artimaña maliciosa, el Senador Araoz, que no estaba en el secreto, pero que gustaba de todo lo que era insolente, injurioso e irregular, preguntaba a sus colegas, ¡pero por qué el empeño de ventilar lo de Mendoza! *(Véanse las sesiones de esta conjuración mandada publicar con sus Mensajes por el Presidente).* Todo el embrollo estaba en lo de Mendoza. Un voto de censura al Presidente, era la señal del motín de Segovia, quien no viendo venir el voto, recibió del Presidente del Club Alsina esta consigna: “A Roma por todo,” con cuyo motivo el Capitán O'Conell, que estaba en Mendoza con 79 hombres a las órdenes del Presidente, las recibió de Segovia (que estaba licenciado por enfermo), para marchar al Sur a incorporarse al 1° de Línea, que se hallaba en San Rafael. El motín había estallado. Preguntado el Gobernador de Mendoza, “¿puede V. resistir ocho días en la plaza?” Sí. Preguntado el Coronel Ivanowsky en Mercedes, “¿podría ponerse en marcha en dos horas?” Sí.

He aquí la campaña de Mendoza. Ivanowsky llegó de San Luis con excelentes caballos a Mendoza, un día antes que Segovia de San Rafael, igualmente bien montado. La casualidad hizo, dicen, que un Jefe del 1° de Caballería (seiscientas plazas) perdiese el caballo ensillado una noche y se atrasase otro tanto la división en su marcha; pero la casualidad hizo también que el Gobierno de Mendoza y el Coronel Ivanowsky le propusiesen ofrecer una

amnistía al ejército sublevado, si reconocían y acataban la autoridad nacional, lo que dio ocasión al Presidente consultado, de declarar que no habría jamás perdón ni amnistía para el Comandante Segovia, O'Conell y demás criminales. Al primer disparo del *cañoncito* de Ivanowsky, el General en Jefe insurrecto con su Estado Mayor puso pies en polvorosa, no de miedo del impotente cañón, pues sus fuerzas eran superiores, sino de la horca, que le presentaban en perspectiva las reservas del Presidente. Este acto moral que viene clasificado bajo el rubro *Diplomacia de la Guerra,* no solo decidió de la batalla, sino que ahorró el derramamiento de sangre, inevitable en un combate en que forman de ambos lados batallones y escuadrones de línea.

Muy instructiva es esta parte segunda de las memorias de que damos cuenta. Concluida la guerra de secesión en los Estados Unidos, el General Sherman, el general Sickles y todos los que obtuvieron comandos separados, fueron sometidos a un Consejo de Guerra para dar cuenta de su encargo. Así se consigue dejar consignadas en un proceso las razones que tuvo el General para adoptar tal o cual sistema de operaciones, responder a los cargos y dejar constancia para instrucción del ejército, de los motivos determinantes.

En el servicio militar se ve la orden a veces de palabra; pero la intención o aun las razones que la aconsejan, quedan en el secreto del General. Más se ha agravado el inconveniente ahora con el uso del telégrafo, cuyas comunicaciones no quedan siempre consignadas en el libro de órdenes. Un Senador de los que más contrariaban la política del Presidente, que más desprecio abrigaba por sus dotes militares, se asombraba al leer que el fusilamiento del Colegio con las ametralladoras, fue un acto de guerra meditado, necesario e indispensable, preguntando, ¡por qué ha aguardado diez años para explicar cosa que salta a la vista! Renán se estuvo diez años sin dar su teoría simia, de miedo que le sacasen los ojos los Senadores cristianos. La razón es un modo del intelecto; y haber intentado explicar entonces el hecho, hubiera sido suministrar nueva armas al ridículo de los que condenaron como atentatoria, en la intención, a las *libertades argentinas,* la publicación en castellano de la *décima* edición mandada hacer por el Presidente Lincoln, de las Facultades y Poderes del Presidente de la República en guerra; y no obstante decir el autor de la moción para impedirlo, que no había leído el libro, la Cámara por unanimidad casi, negó los fondos para la publicación. Debía ser abominable, puesto que le gustaba al Presidente, como debía ser un santo el Senador cuyo desafuero pedía el Juez federal, puesto que hacía la oposición y conspiraba descaradamente. Esta era la de lógica entonces.

Y a propósito de doctrinas y opiniones que tanta influencia tuvieron en las tentativas revolucionarias, por ignorar o no practicar los principios que rigen los actos del gobierno, el autor pretende que costaron quince millones aquellas deplorables guerras, simplemente por no conocer las leyes de la represalia en la guerra, que no permiten que el enemigo, violando las leyes reconocidas por el derecho de gentes, tenga ventaja sobre su contendor. Baste saber que mientras el Gobierno Nacional compraba caballos hasta en el Brasil para proveer a las necesidades de la guerra de Entre Ríos, Jordán contaba con doscientos mil, que son los que existen en la Provincia, y cuyo uso nadie pretendía negarle. Los Generales del Ejército, los miembros del Congreso, los publicistas y hasta los ministros, sostenían la respetabilidad de los caballos y su no participación en la insurrección

contra la verdad y la justicia. Una de las más interesantes discusiones está consagrada a este asunto en que entran los discursos del Senado sobre actos irregulares del Presidente que se apoya, en cuanto a represalia, en la conducta del General Paz, lo que suscitó una tormenta de protestas de Generales y contemporáneos negando el hecho, hasta que se publicó la orden firmada de puño y letra para la ejecución, lo que los dejó como en misa a todos. Ahora resulta, sin embargo, que lejos de ser un hecho aislado, el General Paz procedía en virtud de un estudio legal que le había sido remitido de Chile, increpándole no emplear la represalia, para contener por el terror la guerra que Rosas hacía a muerte, con sacrificio de víctimas ilustres. Tenían, según se ve ahora, conocimiento de ello el Dr. D. Valentín Alsina, que aprobaba grandemente la idea, y el General Garzón, que aseguró al Mayor Gainza, al servicio de Paz, que éste había pasado nota a Rosas desde Corrientes, denunciando la represalia, si no cesaban los degüellos habituales de prisioneros de guerra por las fuerzas federales.

Todavía el debate es llevado al gabinete de M. Thiers, a que el autor es llamado en Francia al saberse la ejecución del Emperador Maximiliano, cambiando de plan de ataque en el discurso que tenía preparado para la asamblea contra la política de Luis Napoleón en Méjico, desde que se persuadió que en virtud de la ley de la represalia de guerra, Maximiliano había sido legal y debidamente condenado a muerte.

Conseguiríase con estos apuntes militares mostrar como la guerra científica mató la guerra instintiva, y como se aprovecharon todos los progresos que el país venia haciendo en vapores, ferrocarriles, telégrafos, forrajes cultivados, nacionalidad, etc., etc., para asegurar la tranquilidad pública. Si llegase a demostrarse también que murieron las ideas anárquicas que sostenían grandes oradores, médicos o abogados, y aun militares, que no tienen forma aceptada en nación alguna del mundo, puede esperarse que la publicación de la obra, íntegra, si llega a realizarse, sea un beneficio para el país.

Los últimos actos militares del Gobierno de que fue Jefe el General Sarmiento, fueron la creación de la Escuela Militar y de la Escuela Naval, creando de todas piezas y bajo un plan adecuada al país, una marina, después de haber renovado el armamento de todo el ejército con armas de precisión, y la artillería de plaza que hizo traer y fue depositada en el arsenal de Zárate.

En cuanto a fortificaciones, y no contando en el país con ciencia adecuada a la fuerza de los misiles o al enorme calibre de la artillería moderna, el período de su gobierno terminó antes que se concluyesen las negociaciones principiadas para procurarse ingenieros de tal capacidad, que hubiesen de asumir la responsabilidad de adoptar un plan de defensa de nuestras costas, en presencia de los poderosos cañones de que pudieran venir armadas marinas hostiles.

Podría decirse de todo este conjunto de creaciones, que fueron la inspiración de un viejo y experimentado Jefe de Estado Mayor, que son la última y mas bella página de su foja de servicios.